
DISCURSO

REVISTA INTERNACIONAL DE SEMIÓTICA Y TEORÍA LITERARIA

NÚMERO 9/10

1996



• M.A. Vázquez Medel: *Nota preliminar*. • C. Segre: *El movimiento como hecho mental*. • D. Sánchez-Mesa: *Dialogía y Différance. Bajtín y el pensamiento de la escritura*. • J. Valles: *Algunas consideraciones históricas y sistemáticas sobre el estudio del espacio narrativo*. • J.A. Prieto Pablos: *Suspense y comunicación literaria: los placeres del texto*. • Ch. Lacalle: *Voces y espacios en los reality shows*. • R. Esparza: *Fotografía e Ideología del espacio*. • M.A. Vázquez Medel: *Notas para el estudio de la investigación semiótica en Canadá. Índices de Recherches Sémiotiques/ Semiotic Inquiry (1981-1994)*. • A. Acosta: *Índices de la Revista Discurso*. • A. Chicharro: *El Ingeniero del verso Gabriel Celaya, Doctor H.C. en Teoría Literaria: justificación y adhesiones de Ángel González y Caballero Bonald*. Reseñas.

ASOCIACIÓN ANDALUZA DE SEMIÓTICA

Antonio Chicharro

Discurso 9/10 (1996)

**El Ingeniero del verso Gabriel Celaya,
Doctor H.C. en Teoría Literaria: justificación y
adhesiones de Ángel González y Caballero Bonald**

Aunque a título póstumo, la Universidad de Granada vio cumplido el día 14 de abril de 1994, en una solemne ceremonia académica, un viejo y latente deseo de Gabriel Celaya (1911-1991): culminar estudios de Filosofía y Letras. El lector debe recordar que, al término de los estudios de bachillerato, Celaya quiso cursar los estudios de Filosofía y Letras, lo que resultó imposible debido a las fuertes presiones familiares para que estudiara Ingeniería Industrial y poder así hacerse cargo un día de la empresa familiar. Ante las presiones ejercidas, escogió la carrera de ingeniero, lo que al menos conllevaba la posibilidad de vivir en el mundo abierto del Madrid de los años prerrepúblicanos y republicanos y, en particular, en el mundo más abierto todavía de la Residencia de Estudiantes cuyo ambiente cultural resultó definitivo para la formación del ingeniero...del verso. La ingeniería industrial pasó así a ser un asunto de puro trámite entre poema y poema, de influencia surrealista por supuesto, entre cuadro y cuadro, entre conciertos, cine, tertulias y conferencias.

Definitivamente, la vida de la famosa institución krausista de la calle del Pinar terminó por ahogar al joven estudiante de ingeniería. Era frecuente que el entonces aprendiz de poeta se cruzara en la Residencia con Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Federico García Lorca, etc. e incluso llegara a escuchar de viva voz a Baruzi, Kayserling, Marinetti, Calder, Aragon, Strawinsky, Le Corbusier, Milhau, Worringer, Jules Romain, Valery, entre otros muchos. Si a esto le añadimos el conocimiento directo que tuvo del surrealismo francés en sus visitas por las librerías de Tours en sus viajes de vacaciones de vera-

no, comprenderemos la cada vez más honda separación interna entre el estudiante y el artista, así como sus fracasados intentos posteriores de dedicarse por entero -una vez acabados sus obligados estudios- a la vida literaria -la guerra y otras miserias de la época lo explican-, lo que no ocurrirá hasta 1956 en que, junto a su mujer, Amparo Gastón, se marcha a Madrid, dejando el disfraz de ingeniero colgado en la percha de su despacho donostiarra de director gerente, a vivir del aire de la literatura, a escribir frenéticamente y a desplegar una actividad intelectual combativa y liberadora.

Así pues, Gabriel Celaya terminó cursando por libre la carrera de ingeniero y teórico del verso. Y lo nombro así porque él se denominó de este modo al hilo de uno de sus versos de 1955: *Quisiera daros vida, provocar nuevos actos / y calculo por eso con técnica qué puedo. / Me siento un ingeniero del verso y un obrero / que trabaja con otros a España en sus aceros*. Ahora bien, el hecho de que el poeta se autonombre de esta manera conlleva además un contundente rechazo del tópico crítico que lo da como poeta excesivo que apenas controla el proceso de construcción del artefacto poético al calor de una supuesta eficacia social inmediata. Pues bien, nada más lejos de la realidad de buena parte de sus versos, si los leemos sin prisas y sin deformaciones tópicas: Celaya es un poeta tan vital como calculador, muy consciente de su trabajo poético. No resulta muy atinada, por tanto, cierta crítica de dudosa y restrictiva exquisitez poética que se agota en muy pocos versos de muy pocos poetas. Pero es más, Celaya no sólo sabía lo que se hacía sino que incluso hacía partícipe al lector de su pasión cognoscitiva, poéticamente indagadora -ahí quedan sus libros teóricos: *El arte como lenguaje, Poesía y verdad, Exploración de la poesía, Inquisición de la poesía*, entre otros-, que lo llevaron a poner todos los mecanismos de la razón al borde mismo de lo innombrable e ignoto, situándose en un vasto territorio plagado de contradicciones.

Hay, además, otro tópico crítico que necesita su oportuno comentario descalificador. Me refiero al tópico que reduce la significación del poeta a una de sus etapas, la llamada etapa social, e incluso llega a interpretar toscamente el sentido de ese importante momento poético. En este sentido, se equivocan quienes interpretan la poesía social de Celaya como una coyuntural cesión del espacio poético al espacio de lo abiertamente político e ideológico por cuanto el poeta nunca abandonó tal espacio poético, sino que intentó -así lo reconoce también García Montero- materializar en poesía la conciencia política.

Con esta especial sesión de investidura, en la que Amparo Gastón, viuda del poeta, recibió el diploma del nombramiento, la universidad

granadina ha querido demostrar su agradecimiento institucional al poeta y crítico vasco más allá de su muerte física, ocurrida en 1991, apostando por el reconocimiento de la vida literaria del mismo. Por esta razón mantuvo abierto el expediente del doctorado honorífico, expediente iniciado en el curso 1989/1990 por el Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura, resultando conocida su existencia por Celaya quien lo había aceptado de buen grado.

Las razones que justificaron tal petición fueron en síntesis las siguientes: Gabriel Celaya representa una de las concreciones más importantes del pensamiento literario español contemporáneo, ya que si sobresaliente, y verdaderamente insoslayable, resulta su obra poética, que se extiende por cerca de seis décadas de nuestra más reciente historia literaria y abarca en sí misma los caminos más diversos y fecundamente contradictorios de la poesía española, no menos sobresaliente es su labor de teoría y crítica literaria, estrechamente vinculada a la primera actividad.

A esta fundamental razón se le añadió la de la oportunidad que se brindaba a la Universidad de Granada de ser la primera universidad en reconocer, a través de este doctorado honorífico, la importancia intelectual del escritor vasco, previamente avalada por los premios nacionales e internacionales siguientes: Premio «Lyceum Club Femenino» (1936), Premio de la Crítica (1957, en su primera convocatoria), Premio Atalaya de Poesía (1963), Premio Libera Stampa (1963), Premio Internacional Etna-Taormina (1969) y Premio Nacional de las Letras Españolas (1986), entre otras distinciones. No cabía la menor duda de que la Universidad tanto honraba al poeta como se honraba a sí misma.

Por otra parte, con esta distinción se venía a cumplir una importante función de solidaridad institucional con el poeta y crítico en tiempos de enfermedad, saldándose además por parte de la universidad la deuda contraída con quien dio su poesía y teoría literaria por una España de progreso y de libertad, constituyendo ésta la dimensión política, en su más noble sentido, de tal nombramiento. Pero lo cierto es que entonces no se incluyó la razón más íntima y cordial: la de satisfacer el lejano deseo de Celaya de titularse en Filosofía y Letras.

Pues bien, entre la numerosas muestras de adhesión recibidas con ocasión de dicha sesión académica, sobresalieron por su interés testimonial y literario las del poeta Angel González y las del poeta y novelista José Manuel Caballero Bonald, adhesiones que transcribo literalmente a continuación.

Adhesión de Ángel González

CARTA A GABRIEL CELAYA CON MOTIVO DE SU DOCTORADO *HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Norman, Oklahoma, 12 de abril de 1994

Querido Gabriel:

Siento mucho no poder estar ahí, en Granada, junto a los amigos que hoy te otorgan el título de doctor en un acto de homenaje y justo reconocimiento a tu mucha sabiduría en las ciencias, que estudiaste, y en las artes, que practicaste con diversa fortuna: la música, de oyente; la pintura, como aficionado; la poesía, como maestro. Pocas personas he conocido que sepan tantas cosas como tú sabes acerca de casi todas las cosas. Parte de esa sabiduría está en tus libros, y aunque ellos me enseñaron mucho -siempre te consideré uno de mis maestros-, creo que aprendí más en las largas conversaciones que manteníamos en Madrid, cuando yo vivía allí, y hablábamos, hablábamos durante noches interminables, y Amparo...

...¿*Dónde está Amparo?*

--preguntabas de pronto, interrumpiendo con un gesto de perplejidad y alarma lo que estabas contando, como si en aquel momento te faltase aire para seguir viviendo. (A lo mejor lo que te faltaba era vino para seguir bebiendo). Pero enseguida recuperabas el aliento. Y la copa. Y esa sonrisa ancha que se dibujaba en tu rostro a veces con un punto de malicia, otras con cierto deje de tristeza. Esa es la imagen más viva que conservo de tí.

Es curioso; he presenciado y en ocasiones -pocas, por fortuna- padecido tus terribles iras jupiterinas, por las que también fuiste famoso; pero el recuerdo que guardo de tí en aquellos años es el del hombre que, en el fondo, por debajo de todos tus disparates, eras: apacible, afable, tolerante y, sobre todo, inteligente y muy bien educado, virtudes muy de agradecer y no tan frecuentes como sería de esperar en nuestra sociedad literaria. Los maliciosos podrán pensar que estoy tratando de mejorar tu imagen o de deformar el pasado a tu conveniencia y a la mía, o de perdonar tus muchas faltas nuestras, como es habitual en los convencionales discursos de todos los homenajes. Pero no es así. Repentino y proteico, durante aquellos años que ahora evoco fuiste mucho Celaya y múltiples Celayas (Rafaeles, y Juanes, y Gabrieles, y Múgicas, Lecetas y otra vez más Celayas) imprevisibles y antagónicos, y no era fácil averiguar quién anda-

ba por debajo de todos ellos. Yo creo que quien en verdad estaba ahí era uno de esos Caballeritos de Azcoitia *que desafiaron / con gesto elegante / lo inerte y lo opaco*, tal como los defines en tus versos; un Caballerito de Azcoitia ilustrado en la Residencia de Estudiantes, al que a veces el caballo, acaso por la peligrosa y tan próxima presencia de lo terco y lo opaco, se le desbocaba en mitad de una de sus mejores cabriolas.

Pero me estoy perdiendo en divagaciones. Sólo quería decirte que me alegra mucho que te hayan hecho doctor: ¡enhorabuena! Eso significa que estás vivo: una universidad como la de Granada no puede equivocarse, y otorgar un título así a alguien que no existe. Yo, por supuesto, ya lo sabía -te encuentro siempre en tus versos-, pero es bueno que se enteren otros, los olvidadizos, los envidiosos, todos los que molestaste (y sigues molestando) con tus versos, porque son buenos y sin doblez, claros y directos como tus actos. A ellos, a tus versos, vuelvo siempre. De manera que me despido de tí. Tengo a mano muchos libros tuyos. Como dicen en México, ahí te veo. Con un abrazo para todos, y muy especialmente para Amparo

Ángel

Adhesión de José Manuel Caballero Bonald

Para los escritores de mi edad o para los que pretendimos cambiar la historia durante nuestra larga postguerra, Gabriel Celaya tuvo siempre mucho de ejemplar hermano mayor. En su extensa y varia obra poética se reproduce esencialmente el programa de su propia vida. Fue un poeta íntegro e insobornable y disponía de una extraordinaria sensibilidad cultural. Su palabra nos sirvió a muchos de norma y sus actitudes morales nos enseñaron en cierto modo a ser libres. Con él y con Amparo conviví de manera fraternal y emocionante durante unas décadas nada prodigiosas. Me uno fervorosamente a este justo acto en su memoria, porque siempre me he acordado de él con un fervor justiciero.

José Manuel Caballero Bonald